

para que envuelvan cominos en la casa de mi compadre don Venancio.

—¿Contestamos? —¡No! Eso se quieren ellos, que les den tela. Oye, oye un consejo. Nunca salgas á defender tus escritos. La modestia... ya lo sabes...

Serenóse don Román, sacó la tabaquera, se echó un polvo, y quitándose las gafas, me dijo en tono cariñoso:

—Vamos: ¿qué piensas hacer? ¡Sigues los estudios, ó te quedas en tu tierra, y en tu casa, para bucare la vida? Hablé ya con tus tías. Las pobrecillas quisieran verte médico, abogado...

Andrés había hablado ya con el abogado, pero nada obtuvo; promesas, ofrecimientos... Sólo Castro Pérez podía darme trabajo. El doctor Sarmiento se interesó en favor mío, y prometió á mis tías arreglar el asunto.

Había ya entre nosotros cierta intimidad fraternal, dulce y respetuosa, que me hacía grata la vida en Villaverde. En ocasiones pensé: ¿si estaré enamorado? No, hasta entonces aquello era una amistad afable, un afecto sencillo que mi tía Pepa fomentaba á todas horas.

—¡Ay, Rorró! Si alguna vez piensas casarte, busca una mujer como Angelina.

—Estábamos solos. Mi tía trabajaba en sus flores, y yo, cerca de ella, me entretenía oyéndola.

—¿Le gustaría á usted que me casara con Angelina? —¡Cómo no! —exclamó alborozada.— ¡Si es tan buena! ¡Si te quiere tanto!

No sé por qué se me encendió el rostro. Nunca pensé que Angelina pudiera amarme. Y bien visto el caso, ¿por qué no? Angelina era muy digna de ser amada.

—Y diga usted, tía: ¿no ha tenido novio Angelina? —¡Por Dios, Rorró! Desde el otro día estás con eso...

—Así lo creo; pero... Dígame usted: ¿no ha tenido pretendientes? —¡Ah! Eso es otra cosa.

—En Pluviosilla, —prosiguió— muchos! Un español rico; un manco de botica muy burlón y endiablado, capaz de reirse hasta de su sombra; un colegial muy guapo, que le hacía versos; otros, y otros. Aquí... aquí...

—¿Quién? —Uno nada más. —¿Quién? —Amigo tuyo, condiscípulo tuyo...

—No. —Diga usted, tía... —Adivina. —Eduardo, el hijo del alcalde.

—No. Eduardo es un pedazo de alcornoque. ¡El, el hijo del alcalde, prendarse de una muchacha pobre! ¿Cuándo! El enamora á Gabrielita Fernández...

—A la jovencita rubia, la que toca muy bien el piano.

—¿Ya la conoces? —El otro día la vi en la reja. —¿Guapa! ¿No es verdad? —Reguapa! Linda como un soll.

—Eduardo se parece á ella. —Entonces, ¿quién es el pretendiente de Angelina? —Adivina.

—¿Jacinto Ocaña? —Dios nos libre! —¿Agustín Venegas? —¡Jesús me valga! No te digo que es amigo tuyo!...

—¿Ricardo Tejeda? —¿Que visto y calza! —¿No es rival temible! —dije para mí.

XIV

A veces iba yo á tertuliar á la botica de don Procopio Meconi. En aquel famoso mentidero, centro recreativo de ociosos y desocupados, se reunían á todas horas los chicos más guapos y los viejos más parlanchines de la budística ciudad.

—La maldita india pendenciosa que nos tiene hechos una lástima!

Y no sé cuántos más, entre quienes figuraba el dueño de la botica, el invariable don Procopio, jugador desenfrenado, que tenía convertido aquel templo de Galeno en un santuario de Birján.

El republicano se ensañaba contra el Catolicismo; el médico decía pestes del partido liberal. El pedagogo, muy encariñado con el Catecismo Político de Pizarro Suárez, alegaba no sé qué razones en favor de la tolerancia de cultos, y oponía á los dichos de su contrario, algunos de aquellos argumentos protestantes tan usados por los periódicos á fines del 56 y principios del 57.

El P. Solís, reflexivo y cachazudo, se esataba quedo; oía y callaba, hasta que para calmar los ánimos terciaba en la disputa.

—¡Turbide, (á quien el Acta de Independencia llama: un genio superior á todo elogio,) hizo una tontería.

—¿Gabriela Fernández? ¡Más orgullosa! ¡Más frívola! ¡Qué pagada de sí, qué entonada!

—¿Eduardo, el hijo del alcalde, prendarse de una muchacha pobre! ¿Cuándo! El enamora á Gabrielita Fernández...

gobierno le vengan apropiadas, como á mí la sotana, á vd. la levita y á este joven el saquito corto. Ahí tiene vd. explicado lo efímero del imperio de Maximiliano.

Luego, pasando á la cuestión religiosa, decía sereno y reposado: —Amigo, amigo don Orisanto: entiendo que la Iglesia no patrocina ni monarquías ni repúblicas.

—En seguida cerraba contra Venegas. Era de oírle cuando en un estilo conciso, breve, incisivo, ponía en picota los dislates del pedagogo, que nada sabía á las derechas y todo se volvía palabras sonoras y retumbantes.

—Joven! Joven! —prorrumpía en tono de sermón.— Esa Constitución que vd. pone por las nubes, no ha sido hecha de acuerdo con las necesidades del país.

—Como te lo ofrecí anteayer, estuve anoche á visitar al Sr. Lic. Castro Pérez para hablarle acerca de ti, y de lo útil que podías serle en el despacho.

—¡Adentro! —dijo una voz tipluda. —¡El señor Castro Pérez? —¡Adentro! —repetió la voz de falsete.

—¡Puedo pasar? —Pase vd.

—Mi maestro, el Sr. D. Román López, me ha recomendado...

—¿Qué se ofrece? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Es vd. el joven que desea entrar de amanuense en esta casa!

—¿Si, señor. —Pues bien... veremos, veremos, si es vd. útil. Aquí tenemos mucho trabajo.

—No, yo le llamaré á vd.

—Entiendo que no le caí mal á Castro Pérez. Así me lo dijo D. Román, dos días después.

—La cosa es segura, muchacho; ¡has clavado una pica en Flandes!

bargo es modesta y humilde. Pues se engaña; no hemos de visitarla ni por una de estas nueve cosas.

—Mis paisanos no tardaron en advertir que, tarde á tarde, me pasaba las horas oyendo tocar á Gabrielita.

—Me repugnaba seguir los consejos de mi maestro. Entendí muy bien lo que éste me quería decir con aquello de te recomiendo que trates á mi amigo con tu genial y característica bondad.

—Como te lo ofrecí anteayer, estuve anoche á visitar al Sr. Lic. Castro Pérez para hablarle acerca de ti, y de lo útil que podías serle en el despacho.

—¡Adentro! —dijo una voz tipluda. —¡El señor Castro Pérez? —¡Adentro! —repetió la voz de falsete.

—¿Puedo pasar? —Pase vd.

—Mi maestro, el Sr. D. Román López, me ha recomendado...

—¿Qué se ofrece? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Es vd. el joven que desea entrar de amanuense en esta casa!

—¿Si, señor. —Pues bien... veremos, veremos, si es vd. útil. Aquí tenemos mucho trabajo.

—No, yo le llamaré á vd.

—Entiendo que no le caí mal á Castro Pérez. Así me lo dijo D. Román, dos días después.

—La cosa es segura, muchacho; ¡has clavado una pica en Flandes!

tejos, y luego, dándose palmaditas en el abdomen, echóse atrás, y me interrumpió.

—¡Nada de lisonjas, joven! Nada merece de cuanto dicen por ahí este pobre abogado.

—Estos elogios me sonrojaban. —¡Bien! ¡Bien! Veremos si obtiene vd. lo que desea.

—El señor mi maestro me quiere mucho, y es conmigo demasiado benévolo. Deseo trabajar, y estoy seguro de adelantar al lado de persona tan recomendable.

—¡Al grano! ¡Al grano! ¿Conoce vd. el ramo? —No señor.

—Pues entonces, ¿cómo solicita vd. una ocupación que le es desconocida? Tengo buenas noticias de vd.; ya Román me dijo que es vd. un muchachito inteligente, que hacer bonitos versos...

—Me dieron ganas de estrangulár al viejo. —Señor, —repliqué— oírto que hago versos; pero no vivo entregado á tan grata ocupación.

—¿Gracias, joven! ¡Estos de mis aficiones juveniles! En verdad que la poesía suele cautivar me, pero sólo de tiempo en tiempo. Bien, bien, bien!

—Esta era su muletilla. —Espero de vd. que en memoria de mi abuelo...

—Regular, señor licenciado. —Vamos, vamos. Ahí tiene vd. lo necesario.

—Obscurecía. En la mesa había un candelero con una bugía.

—¡No vé vd.? Pues encienda la vela, y escriba lo que guste.

—Obedece. Tomó la pluma y escribió: Si el Sr. Licenciado Castro Pérez se digna recibirme en su casa procuraré servirle con toda fidelidad.

Me acerqué al abogado, llevando la hoja y la bugía. Mi hombre se acomodó en su poltrona, se compuso con ambas manos las gafas, y leyó lo escrito.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! Así lo hace un joven delicado. Veremos, veremos si me sirve vd. Pero debo advertirle, que hasta dentro de una semana no podré resolverle.

—Vuelva vd. por acá, viernes ó sábado...

—Regular, señor licenciado. —Vamos, vamos. Ahí tiene vd. lo necesario.

—Obscurecía. En la mesa había un candelero con una bugía.

—¡No vé vd.? Pues encienda la vela, y escriba lo que guste.

—Obedece. Tomó la pluma y escribió: Si el Sr. Licenciado Castro Pérez se digna recibirme en su casa procuraré servirle con toda fidelidad.

Me acerqué al abogado, llevando la hoja y la bugía. Mi hombre se acomodó en su poltrona, se compuso con ambas manos las gafas, y leyó lo escrito.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! Así lo hace un joven delicado. Veremos, veremos si me sirve vd. Pero debo advertirle, que hasta dentro de una semana no podré resolverle.

—Vuelva vd. por acá, viernes ó sábado...

—Regular, señor licenciado. —Vamos, vamos. Ahí tiene vd. lo necesario.

—Obscurecía. En la mesa había un candelero con una bugía.

—¡No vé vd.? Pues encienda la vela, y escriba lo que guste.

—Obedece. Tomó la pluma y escribió: Si el Sr. Licenciado Castro Pérez se digna recibirme en su casa procuraré servirle con toda fidelidad.

(Continuará.)

—:o:—